

La violencia de nuestra sociedad

E.
MIRET
MAGDA
LENA

INTERPELADÓ una vez por un ateo un ministro católico de Franco, le contestó que no podía solucionar determinado abuso grave que le denunciaba, porque —dijo textualmente—: "es producto del pecado original".

Así plantean las cosas de este mundo algunos católicos de la derecha. Su postura moderada y conservadora obedece —aparte de otros móviles más profundos de clase— a esta idea pesimista del hombre que le ha inculcado la antigua religión en nuestro país. Y por eso sólo saben responder con una violencia represiva.

Pero tampoco están indemnes de esta crítica aquellos otros —creyentes o no— que piensan que la violencia es inextirpable porque piensan que obedece a algo inherente a la naturaleza del hombre. Y sólo consideran factible la mano dura, y cuanto más dura mejor.

Unos y otros están cogidos por la mentalidad burguesa que ha florecido en Occidente, y que quiere disciplinar al ciudadano a base de maquiavelismo y fuerza, pero sin confianza alguna de que el hombre vaya a cambiar, porque lo consideran un asesino en potencia, malentendiendo lo que dijo Freud: "A juzgar por nuestros deseos inconscientes, somos una banda de asesinos".

Así se forjan —en España y fuera de ella— los fascismos, nazismos y sucedáneos actuales que emplean el lenguaje elemental del machismo, el nacionalismo totalitario y la virilidad. Y algunos que no piensan del todo como ellos, en ocasiones límite caen de lleno en la tentación de tirar por la calle de enmedio, y propugnan el mismo remedio técnico que, en el caso de los niños, se llamaba popularmente jarabe de fresno.

No creen en el hombre, sino únicamente en la disciplina externa. No saben que la pedagogía ha descubierto que "la disciplina es necesaria, pero que no es nunca educadora". Por eso, a pesar de los medios coercitivos que se empleen, todo sigue y seguirá más o menos igual si no ponemos un remedio más profundo. Incluso a veces irá a peor, porque se producirá otro fenómeno nuevo que complica más las cosas: la "inducción negativa" que descubrió Pavlov y desarrolló Ischlonovsky. Al empleo de la fuerza, reacciona el hombre con una nueva carga de resentimiento, el cual buscará una manera más hábil de salir al exterior en el futuro.

Y así seguimos, siglo tras siglo, encerrados en este círculo de hierro de la violencia, que tan difícil se hace salir de él. Pero somos nosotros quienes, sin darnos

cuenta, lo fomentamos, y por eso mismo paradójicamente, la salvación está en nosotros. No con una ingenua manera de reprimir el daño, sino sabiendo que la violencia externa obedece a impulsos interiores. La interior agresividad es el motor de la violencia, y tiene una causa hoy bien demostrada, que no es ni la herencia, ni el instinto, ni la estructura fatal de nuestro cerebro. Es la sociedad injusta quien fundamentalmente produce en la sociedad mundial la agresividad, y se encargan nuestros mecanismos psicológicos de ocultarnos la realidad, de autoengañarnos, suministrando aparentes razones para desviar nuestra atención de la verdad.

El rebelde violento que usa la fuerza bruta contra el adversario como remedio de sus males, no se da cuenta de que es un frustrado inconsciente. Y que nuestra sociedad, con el fomento interesado, ciego e insaciable, de determinados estímulos ocultos, está produciendo un efecto "boomerang" en los hombres. La constante obstrucción a la satisfacción de los impulsos estimulados por esta sociedad, da como resultado el alto nivel de agresividad que vemos y padecemos en el mundo actual, así como el desencadenamiento posterior de la violencia como medio inconsciente para compensar esa frustración.

El afán de posesión cuantitativa, favorecido por el consumo del sexo, el dinero, la comodidad egoísta y el automatismo, unido todo ello al deseo de poder, han sido estimulados por una sociedad egoísta, competitiva y sin respeto por los valores humanos sociales, lo que lleva a hacerse cada individuo "el único", el centro de todo el avaro número uno que quiere poseer con exclusividad las cosas que le tientan compulsivamente en la sociedad capitalista contemporánea. Ya no se trata de laborar por disfrutar legítimamente los bienes que son de todos y que debían ser compartidos con los demás, sino sólo de poseer excluyendo al otro. Y en esa jungla de individualismos nos movemos hoy en Occidente, queriéndola gobernar por el látigo y la pistola, irrogándose algunos la cualidad de domadores de fieras. Se nos ha hecho los voraces animales que se pelean por coger más comida cuando el domador echa el alimento a la jaula común. Y algunos no pretenden otra cosa más inteligente que —como hacía el domador— poner orden exterior en la "comida de las fieras".

Sin embargo, las cosas no deberían plantearse así. Todos debemos comer, to-

dos tenemos derecho a disfrutar de la vida, y para eso hemos de cooperar a desarrollarla y repartirla igualmente, sin injusticias ni exclusiones de ningún género. De no ser de este modo, podremos desarrollar los bienes materiales, pero no resolveremos nunca el problema humano. Con motivaciones egoístas y dominadoras o con violencias autocráticas de unos pocos, el problema quedará sin solución satisfactoria para la mayoría. Una suma de egoísmo no suma hombres, sino que resta humanidad, y la opresión de un puñado —como pretenden los neofascistas— rebajará nuestra condición de hombres.

Sepamos claramente que la agresividad la crea esta sociedad injusta en que vivimos, y la fomenta más y más al estar dirigida por el interés puramente egoísta de cada uno, sin mira alguna social, sino sólo individual.

Esta agresividad hemos de saber que la ciencia actual del hombre no la considera como un sino ineluctable que pesa sin remedio sobre todo hombre. No es producto del hado de los griegos ni de la fatalidad heredada, según enseñó falsamente la ciencia decimonónica occidental hasta hace poco. Está en nuestras manos superarla, sin caer en el ingenuo individualismo que predicó nuestra religión hispana o el duro egocentrismo que predicaban los neofascistas actuales.

No podemos cambiar al hombre y a la sociedad si sólo atacamos el problema individuo a individuo. Hay que hacer algo más. Necesitamos crear, a la mayor rapidez, estructuras sociales justas, instituciones socialistas que produzcan un clima y un entorno social, en el que nuestros egoísmos no tengan fuerza, sino que se agoten en el muro insalvable de la fuerza colectiva y humanizadora.

Y aquel que quiera prolongar la situación actual o incluso volver al infantil período franquista en que todos éramos tratados como niños esperando el palmetazo del maestro, sepa que la gran mayoría de los ciudadanos del país —que no estamos maleados— no deseamos seguir por ese camino, sino construir, noble, decisiva y valientemente, una nueva sociedad que no sea una jungla más o menos organizada, sino una asociación libre de personas que estén estructuralmente —y no sólo individualmente— abiertas a los demás. ■